

1960
1976



FLORENCIO DOMÍNGUEZ
Periodista y escritor

El tiempo en que empezó todo

DICEN los historiadores que ETA fue creada por jóvenes nacionalistas radicales a finales de los años cincuenta del siglo pasado, jóvenes que reprochaban al PNV su pasividad ante el franquismo. El nacionalismo tradicional, representado por el PNV y el Gobierno vasco en el exilio, había visto pocos años antes cómo se desvanecían sus esperanzas de que las democracias vencedoras de la Segunda Guerra Mundial intervinieran para acabar con el régimen de **Franco**. El reconocimiento por parte de Estados Unidos del régimen salido de la Guerra Civil, en 1953, había echado por tierra la estrategia por la que había apostado el PNV.

Frente a la pasividad que reprochaban a sus mayores, los jóvenes disidentes, buena parte de ellos estudiantes, abogaban por la acción desde un principio, sin desdeñar la acción armada. No eran en eso muy diferentes de otros grupos antifranquistas de la época. Cuando nació ETA el grueso de los maquis se habían retirado o habían sido neutralizados, aunque algunas partidas todavía sobrevivieron unos años más. Los grupos anarquistas y libertarios recurrían ocasionalmente a la violencia y colocaban bombas.

Buena parte de las actuaciones iniciales de ETA son actividades propagandísticas: pintadas, colocación de ikurriñas, destrucción de símbolos relacionados con el régimen de Franco o los vencedores de la guerra civil, etcétera. Pero casi desde el inicio está clara la voluntad de recurrir a la violencia y esa voluntad se va reflejando en el modelo de organización, que desde sus orígenes incluye una “rama de acción”, y en las resoluciones de las diferentes asambleas. En 1964, en la III Asamblea, aprueban el documento titulado “La insurrección en Euskadi”, que contempla el desarrollo de un plan de guerrillas, unas guerrillas inviables en un País Vasco urbano, industrial y desarrollado.

Hay más voluntad que medios materiales y humanos. Un

miembro de ETA de mediados de los sesenta relata que, en una ocasión, él y un compañero se dirigieron al responsable de material de la banda y le pidieron que les facilitara unos alicates para robar un coche en Bizkaia. “Los alicates de la Organización están en Iruña”, respondió con toda seriedad el aludido. Unos únicos alicates y, además, localizados en Pamplona.

Un año más tarde, en 1965, la IV Asamblea aprueba otro documento, las “Bases teóricas de la guerra revolucionaria”, en las que figura el principio de acción-represión-acción que tanto juego daría en los años siguientes. Esa estrategia, que consistía en provocar al poder para que respondiera de forma desproporcionada y descontrolada, daría buenos resultados algún tiempo después, pero cuando se formuló le venía grande a una organización cuyo aparato militar estaba formado por seis hombres armados con una pistola y cinco subfusiles.

Los etarras miraban con admiración las guerras de descolonización de Argelia o Chipre, incluso a los grupos armados clandestinos judíos que habían combatido con los ingleses para conseguir la creación del Estado de Israel. Miraban también los movimientos revolucionarios, como el de **Fidel Castro** en Cuba. Todos ellos influían intelectual y emocionalmente en los miembros de ETA y reafirmaban su opción por la violencia mezclando la ideología nacionalista con las aspiraciones revolucionarias, aunque cada vez que se presentó un conflicto entre ambas fue la primera, la reclamación nacionalista, la garante de la continuidad de las armas.

El punto de no retorno se produjo en 1968. El año en el que ETA mató por la espalda al guardia civil de Tráfico **José Pardi-nes** y su asesino, **Txabi Etxebarrieta**, murió unas horas más tarde enfrentado a la Guardia Civil. El año en el que ETA mató al inspector de policía **Melitón Manzanas** en Irún. El Gobierno de entonces hizo buenas las previsiones de la estrategia acción-represión-acción y reaccionó de la forma desproporcionada que

habían teorizado los terroristas, declarando el estado de excepción y aplicando una represión indiscriminada que, a largo plazo, acabó reforzando a ETA.

Los etarras salieron de 1968 más decididos que nunca por el camino de la violencia y a pesar de que la represión dejó la organización extremadamente debilitada, la celebración del consejo de guerra de Burgos, en 1970, se convirtió en un episodio propagandístico que multiplicó la entrada de nuevos militantes en las filas de la organización terrorista.

Hay que dejar claro que, a pesar de los efectos contraproducentes que pudiera tener la represión indiscriminada en el franquismo, la adhesión de los miembros de ETA a la violencia ha sido una decisión voluntaria, consciente, no obligada ni por el contexto histórico, ni por fuerzas ajenas a los propios etarras. Otros muchos militantes antifranquistas, sindicalistas, miembros de partidos clandestinos, vivieron el mismo contexto de represión que los etarras, pero no optaron por las armas, sino por la acción política. El recurso a la violencia y al terrorismo fue una opción libremente elegida por los seguidores de ETA que, al cabo de los años, pretenden exonerarse de responsabilidades presentándose como piezas empujadas por el viento inexorable de la historia, como peones de un destino trágico que les obligaba a matar en nombre del pueblo o del país. Han querido presentar su decisión de hacer del crimen un instrumento político como si fuera una herencia procedente de la noche de los tiempos que no les permitía hacer otra cosa. Pero no. Recurrir al terrorismo fue una opción libre, intencionada, adoptada en un momento concreto y mantenida a lo largo de décadas. Decidieron de manera colectiva y decidió cada individuo que se sumó a ETA, que cogió las armas, que proporcionó información para matar, escondió a los asesinos, les aplaudió o justificó.

Un episodio como el asesinato del presidente del Gobierno, el almirante **Luis Carrero Blanco**, fascinó a muchos por la con-

tendencia de los resultados que podía provocar la violencia y le dio a ETA una notoriedad y un prestigio letal, en el interior y en el ámbito internacional, cuyos efectos se prolongarían durante décadas.

La voluntad de actuar por vías terroristas se consolidó en la segunda mitad de los setenta, cuando ETA tuvo más capacidad de reclutamiento y más medios para actuar, a pesar de que ya en esa etapa era evidente que se acercaban la democracia y la libertad. La voluntad, los medios materiales y la disponibilidad de personal juntos causaron la ofensiva terrorista registrada a mitad de los setenta, coincidiendo con el inicio de la transición a la democracia. A fin de cuentas, “ETA no se constituyó como organización antifranquista sino como organización para la liberación de Euskal Herria”, tal y como afirma la propia banda en su boletín *Zutabe*, número 97, de septiembre de 2002. Por si había dudas: ETA no luchaba por la libertad de las personas, sino por la independencia de un territorio.

En la medida en que ETA tuvo más efectivos, más armas, más explosivos y más dinero aumentaron los atentados, se amplió el arco de objetivos atacados y crecieron las expectativas de los terroristas. No fueron las condiciones políticas, el análisis de la situación o la reflexión ideológica lo que determinó el nivel del enfrentamiento al que estaba dispuesta a llegar ETA, sino las posibilidades materiales de esta organización las que condicionaron el grado de violencia empleada. Podían hacerlo y lo hicieron. Las justificaciones vendrían después.

Al llegar a la segunda mitad de los setenta la maquinaria terrorista estaba ya creada y en funcionamiento y una parte de la población arrojaba a ETA. La inercia de la violencia estaba en marcha, con su propia lógica interna, incapaz de detenerse por sí misma. El tiempo en que empezó todo quedaba atrás. Llegaba el tiempo en que el terrorismo iba a representar el grado mayor de dolor y destrucción. ●